

Tres historias de Filandia

Luis Alfonso Ramírez Carrillo

"Mi viejo insistía en que la etimología de Filandia se debía a su cercanía a las montañas. Que era 'hija de los Andes'. Yo le creía mucho cuando era niño pero ahora, la verdad, no creo. Al final de su vida le dije que todo era porque alguien olvido una letra en el acta de fundación. Así de simple. Replicaba afirmando que más misterioso resultaba que alguien llamara Finlandia a un pueblo perdido a los pies de los andes, en la zona cafetalera de Colombia, fundado por criollos hispanos y los últimos indios Quimbayas en el siglo XIX. Siempre luchó por defender la fidelidad del pueblo reflejada en el nombre y emprendió una batalla hasta que se aceptó. Nunca creyó mi versión y deje de contársela. A fin de cuentas: ¿a quién le importa ya? Al parecer a nadie. Vaya usted a entender a los viejos".



PLACA PARA UN POETA
PÓSTUMO

—Me llamo Libia pero puedes llamarme Estrella.

—¿Cómo?

—Sí, Estrella... Así me llaman mis amigos desde que era niña, no Libia, Libia en realidad nunca me ha gustado mucho. No me gusta ser Libia.

—Por supuesto, por supuesto Estrella, conteste sorprendido. Gracias por la cercanía.

Habíamos llegado a ella por insistencia de Don Daniel, un cafetalero viejo que nos adoptó por una hora y nos puso en sus manos, insistiendo en que debíamos conocer su casa, un museo de cómo era la vida cotidiana en la zona cafetera de Colombia hace medio siglo. Casa de originalidad extraña. Miles de objetos insignificantes y valiosos, útiles e inútiles juntos y en perfecto orden. Homenaje a la trivía y la rareza. De una limpieza sobrecogedora y a la vez de una ingenuidad conmovedora. El afán coleccionista de Estrella y el amor a sus padres fue el accidente que volvió su casa un museo. Conmovedora es exactamente la palabra que estaba buscando para explicarles toda esta situación con Estrella y como acabamos en su casa hablando toda una noche de su padre y de poesía, y de cómo murió su madre y del objeto que extrajeron de su cadáver y de las extrañas llamadas que recibió de Aguadas Caldas de personas a las

que nunca conoció. Pero me estoy adelantando a la historia.

Nunca pensamos que ese día acabaríamos en casa de Estrella. Daniel, como nos exigió lo llamáramos, nos arrastró hasta ella y tocó con fuerza a su puerta al final de la Calle del Tiempo Detenido. Era una casa azul y nos abrió la puerta una mujer de casi 70 años delgada, blanca e impecable en su sencilla ropa de casa. Dudó en dejarnos pasar, pero finalmente las palabras de Daniel la convencieron. Era claro que el interés que revelaban las miradas de Daniel la halagaba aunque fuera mayor que ella y ya no le interesarán los hombres. Nos miró con desconfianza y nosotros a ella con pena, por sentir que estábamos allí a fuerza, más para satisfacer el entusiasmo de Daniel que por nuestra decisión.

Finalmente nos adentramos en un largo pasillo de madera con barandales como si la casa tuviera balcones en el interior y de ellos colgaran repisas repletas de muñecos, animales, paisajes, citas, aforismos, oraciones, santos, elefantes, llaves, pelucas, periódicos, revistas, libros, fotos, marcos vacíos, platos, dedales, piedras, postales, recortes, mapas, cartas en sobres con estampillas viejas, diarios de adolescentes, y algunos huesos. Los objetos bajaban en cascada de los muros y se remontaban sobre mesas, sillas y vitrinas. De los balcones interiores se extendían



hacia las recamaras, la sala y los demás cuartos de la casa.

Pero había algo extraño. Todo estaba absolutamente ordenado, limpio y puesto allí en equilibrio estético. Además todo era antiguo. Era claro que a la casa no entraba nada nuevo desde la muerte del padre. Entonces poco a poco me di cuenta de que la casa en sí era un mausoleo. Un barco anclado en el pasado y varado en alguna playa muy al interior del corazón de Estrella. Me estremeció notar que no había ni un grano de polvo en tantos miles de objetos. Ella los limpiaba diario con esmero. Conocía todos y nos los presentó. Y sí, en efecto, después de unos minutos estábamos ya en los años sesenta, sentados en sillones oyéndola. Y allí seguimos por horas.

La casa está al borde de un acantilado que mira a los valles del Quindío, y desde allí la vista juega con todos los verdes posibles. Pero no hare divagaciones sobre el paisaje ni contaré su larga historia, porque sé que lo que les va a interesar no es tanto la casa de Libia (yo la seguiré llamando así a partir de aquí, porque sólo al despedirme exigió que le dijera Estrella) sino lo de su padre. De la casa se han ocupado ya arquitectos que no acaban en sus tesis de descifrarla, hablan de religiosidad quindiana o de misticismo, aunque estoy seguro que el misterio no es la casa

sino ella. O más bien el padre, el padre es el misterio.

Atenor García Mutis. Maestro rural nacido en Aguadas Caldas y que enseñó por veinte años en toda la zona cafetera del Quindío: desde Filandia hasta Armenia, Salento, Montenegro, Circasia y los valles de Cauca y del Cócora. Viajando y viviendo de pueblo en pueblo, era hombre conocido por todos en la zona, pero también un desconocido por su difícil ubicación para cualquiera todos esos años. ¿Dónde estaba Don Atenor? En todas partes y en ninguna. Atenor García en los años sesenta sufrió un accidente que dejó su cuerpo paralizado desde la cintura a las piernas y ya nunca más caminó. Su andar peripatético se detuvo y entonces se casó con una novia de años y tuvo, pese a todo, cinco hijos: Libia la mayor. Desde entonces la niña se dedicó al padre. Fue sus ojos y piernas, y por supuesto también trabajó en los valles cercanos. Desde su cama Atenor empezó a llenar la casa de objetos, todos los días, de todo tipo. Cuando Atenor murió la casa era el barco repleto que ahora podemos recorrer. Su muerte fue sentida, pero tuvieron que trascurrir muchos años antes de que otras cosas empezaran a suceder...

Se detonó con la muerte de la madre de Libia y con un reportaje publicado en Bogotá poco después, apenas en 2012, donde la casa

adquirió notoriedad por su carácter paradigmático de la arquitectura de la zona cafetera, aunque más que nada por el carácter barroco de su decoración. Libia, ya en posesión plena de la casa, la mostro como obra del maestro y *poeta* Atenor García. ¿Poeta don Atenor? En efecto, se supo que su hija descubrió y recuperó con celo una serie de cuadernos de poesía que su padre, al parecer, llevó toda la vida. Aunque resultaba que Libia era la que mejor conocía la afición de su padre y era quizás la única que había leído esos cuadernos.

Una mañana Libia contestó el teléfono y una voz de mujer preguntó por la hija de Don Atenor. Hablaba a nombre de una extraña recién formada sociedad de amigos de Don Atenor que había decidido recordarlo, mandando elaborar una placa para la casa donde vivió y murió. Dijeron ser un grupo de personas de Aguadas Caldas, el pueblo donde nació Don Atenor en 1913 y de alumnos que se habían visto privilegiados con su docencia, que les había cambiado la vida, y ellos a su vez no querían desaparecer sin demostrar su cariño. La voz pedía permiso a Libia para instalarla en su casa.

La sorpresa fue total para Libia ¿Quiénes eran? ¿Por qué esperaron tantos años después de muerto? ¿Por qué después de morir su madre? Aceptó, no sin recelo ni suspicacia. Una mañana un individuo de edad

mediana de paso por Filandia llevó la placa, pero al parecer no pudo encontrar la casa y la dejó en un establecimiento con instrucciones de entregársela a Libia, de parte de una señora del pueblo de Aguadas. Por todos los medios Libia intentó encontrarla para agradecer el gesto y en especial para invitarla a una pública inauguración del pueblo presidida por las autoridades de Filandia. Por muchos meses fue imposible, pues nadie en Aguadas sabía la existencia de tal sociedad Aguadeña.

Por fin dio con un número telefónico y se comunicó. Una mujer le dijo que era hija de la señora interesada en poner la placa y que ésta recién había muerto.

—No, —dijo del otro lado del teléfono— ella no conoció a don Atenor pero su madre hablaba de él con amor todo el tiempo, y murió acordándose de él. No, tampoco tenía otros familiares cercanos a quien darle las gracias, pero —añadió—, si le puedo decir lo sorprendida que mi madre quedó cuando leyó en la prensa la descripción de la casa de Don Atenor.

—Y continuó: "y yo también. Porque sabe usted, es idéntica a la casa en que vivíamos mi madre y yo aquí en Aguadas...extraño".

No dijeron más. Ambas hicieron un largo, comprometedor silencio durante varios minutos. No se atrevieron a decirse nada antes de colgar.



Don Atenor pasó muchos años de su juventud como maestro en su pueblo de origen, pero nunca mencionó que tuviera amigos allí. O conservara amores. Nadie en Aguadas Caldas sabe quién mandó a hacer la placa. O porqué. O no lo quieren decir. Pero alguien no lo quiso olvidar.

La inauguración de la placa se llevó a cabo el último día de febrero de 2013, fecha del Centenario de Don Atenor, a instancias del café literario y cultural de Filandia. La placa está dedicada a un Docente Americanista, y la mano de Libia añadió a su dedicación a la docencia y al periodismo su labor como poeta, en obra inédita. Por tal razón la placa festeja también oficialmente el centenario de un poeta

póstumo, que aún no había sido publicado ni leído. Es decir que aún no existía para la literatura. El gobierno colombiano prepara la edición de su primer libro.

—¿Quieren escuchar algunos poemas de mi padre? Nos preguntó Libia mientras terminábamos la segunda botella de licor de café. Ya era noche cerrada.

—Si, claro. Cerramos la ventana por la que entraba el aire frío del Quindío y guardamos ritual silencio que duró hasta la madrugada, muy entrada la noche, mientras abría el primero de una larga serie de cuadernos, al parecer muy nuevos, que tenía en su mesa y nos leyó poemas con una pasión tal que parecerían propios.



LOS JAGUARES DE YURUPARÝ

—Visite Usted el Museo Etnográfico de Filandia.

—El aire estaba a punto de arrancar la modesta hoja de papel pegada en un poste al final de la Calle del Tiempo Detenido. Me di cuenta entonces que las hojas de papel estaban pegadas en muchas otras partes. Muros, puertas y ventanas. La leí con cuidado. ¿Un Museo Etnográfico en Filandia? Lugar mágico, de acuerdo, pero un poco en el fin del mundo, además de que sólo tendría poco más de 6,000 habitantes. Fundado a fines del siglo XIX no es un pueblo con antigüedad y los Quimbayas no dejaron grandes testimonios en la cultura actual, donde la huella indígena es muy tenue, casi inexistente.

No debe ser importante, supuse, y dejé que el aire terminara su labor de borrar el anuncio llevándose la hoja impresa. Pero uno llega muy pronto al borde del pueblo, más allá del cual se enfrenta la naturaleza húmeda de los cafetales y la extensa visión de los valles, que parecen inacabables y hacen entender porque los filandeses vuelven siempre a su tierra.

Pues no hay mucho más que ver en Filandia pensé, volviendo sobre mis pasos al llegar a la última casa de una de las calles del pueblo, después de sumergirme y retornar del paisaje. "Pues no hay mucho más que ver en Filandia" me repetí entonces a

mí mismo y dije en voz alta a Gina, quien me miro sin contestarme. Entonces se abrió la puerta de la casa. Y si una puerta cerrada puede ser la promesa incumplida de un viaje, una puerta abierta suele ser un drama instantáneo. Y lo fue.

Por la puerta salieron un hombre y una mujer y entonces vi el letrero: Museo Etnográfico de Filandia. La pareja nos miró y el hombre afirmó: vienen al Museo. Si, contesté de inmediato. Lo andamos buscando, mentí. Y entramos.

—Me llamo Roberto Restrepo Ramírez, dijo, soy el director del museo.

El nombre me llamó la atención. No conozco la historia de Colombia, pero de inmediato me dije, no, no puede ser el personaje en el que estoy pensando. Aunque nacido en Filandia, el Roberto Restrepo Ramírez del que yo sabía era un individuo que debía de tener medio siglo de muerto. Médico que estudió con Madame Curie, fue radiólogo, oncólogo, político y filólogo y muchas otras cosas virtuosas, útiles e inútiles. Más famoso en Bogotá que en Filandia, donde también se le conoce por ser pionero en la introducción del cine. Filmó en las calles de Bogotá el golpe de Estado de 1948, el *Bogotazo*, y sus rollos olvidados fueron descubiertos hace apenas un par de años y editados como el documental *Cesó la horrible noche*. Una historia romántica la suya hasta después de muerto. Recordado



incluso en España como miembro de la Real Academia. Pero a menos que su fantasma hubiera vuelto nostálgico al terruño y se hubiera escondido en casa, tenía yo que estar frente a un homónimo Filandes.

—Era mi tío, aclaró el otro Roberto después de ver mi cara y sin esperar la pregunta. Mi padre Carlos Emilio me nombro como él por cariño.

Ya no inquirí más con la mirada y nos adentramos en el museo. En realidad era una casa grande habilitada con más inteligencia que recursos, y más amor al pueblo que objetos. Un museo dedicado al Dios de las pequeñas cosas, a la veneración de la vida cotidiana y al deseo de aferrarse a la nostalgia de un pasado rural paradisiaco e irremediablemente perdido. ¿Qué tanta vida se puede acumular en un pequeño pueblo de la sierra colombiana fundado hace siglo y cuarto? Materialmente menos que en Bogotá o Nueva York, cierto, pero su valor resulta inmenso en términos locales, y a fin de cuentas la mayor parte de la vida del mundo ha sido siempre local.

En las esquinas y estantes se mostraban los oficios del pueblo, los viejos instrumentos artesanales antes tan valiosos y hoy convertidos en trastos viejos y curiosos de los peleteros, del sastre y la modista, del carpintero, del dentista y el médico del pueblo. Las cestas antes tan famosas colgaban en una pared, junto con los

arados y los sombreros y los viejos trajes de hombres y mujeres. En vitrinas los libros escolares, las revistas y los periódicos que leyeron todos a lo largo de un siglo. La silla del barbero y sus navajas. La muestra de una metamorfosis Quindiana y de como un pueblo auto contenido se fue abriendo al mundo exterior hasta dejar escapar su identidad.

La nostalgia pues, cubriendo cada trasto y la emoción de asomarse a un mundo perdido. Miré los ojos de Roberto y noté la tristeza que esconde la mirada del coleccionista: la de ser testigo de algo que ya no existe y guardián de tesoros que pocos aprecian. La de saber, además, que sólo se ha podido rescatar una mínima parte de la existencia del pasado, sintiendo que día a día la vida es oscurecida por el olvido. Lo inevitable siempre es triste.

La escala humana de las cosas es lo que iba descubriendo en el museo. Una mirada prolongada me hizo notar la profundidad existencial de los objetos por su función pero también por las formas en que fueron consumidos. La silla del barbero con el asiento hundido por el uso a lo largo de los años, sus navajas rotas, los cuadernos escolares con dibujos burlescos de niños de los años veinte en los bordes, los periódicos de la Segunda Guerra o del Bogotazo subrayados por un desconocido. Cartas de amor de los abuelos, postales de viajes olvidados. La inmensa importancia de la

trivialidad de vivir. El no me olvides que reclama cada día. Un museo para aprisionar los instantes.

Tan interesante como el museo era la persona que decidió hacerlo por su cuenta. Observé a Roberto y recordé y supuse y me atreví a preguntarle —¿su hermano está bien?—.

—Sí, me contestó, sin añadir nada más.

No se sorprendió por mi pregunta. Se dio cuenta que yo sabía que su hermano Luis era el siquiatra y escritor que fue Alto Comisionado para la Paz en el gobierno de Álvaro Uribe y que durante muchos años intervino para negociar la desmovilización de la guerrilla de las FARC. Lo logró un tiempo, pero como siempre en estas cosas de la violencia, las cosas dejaron de salir bien y ahora se encontraba exiliado en Brasil como perseguido político.

De pronto notamos también la presencia de la casa.

—La construyó mi abuelo, dijo Roberto. Al final del pueblo. El balcón de su cuarto era la última construcción sobre el valle. Le gustaba la vista. Por necesidad la familia la vendió, pero pronto los nuevos dueños la convirtieron en cantina y luego en burdel. El más famoso del pueblo. Desde entonces su nombre fue la Casa Verde. Todavía en el pueblo se le conoce así: La Casa Verde. Eran hermosas las mujeres que venían aquí, pero por eso las riñas por ellas eran constantes y hubo

varios muertos, aquí mismo donde estamos parados. Era un escándalo, así que mi familia la volvió a comprar y estuvo cerrada hasta que se las pedí prestada para montar este museo... que no sé cuánto dure. Mientras yo viva...o mientras viva en Filandia...o hasta que crezcan mis dos hijas.

Callamos un rato y la conversación parecía agotada. El peso del silencio aumentó porque éramos los únicos visitantes. Era mejor marcharse.

—Somos antropólogos, dije, por decir algo y para explicar nuestro interés mientras nos despedíamos

—Yo también dijo Roberto....para mi asombro.

El en cambio no pareció sorprendido y después de dudar un poco nos dijo ya en la puerta:

—Quizás les interese lo que tengo en las habitaciones de arriba...hace mucho que nadie las ve.

Sin esperar respuesta ni voltear para mirarnos subió por unas estrechas escaleras de madera. Lo seguimos por supuesto.

—Que sorpresa. El museo de abajo sólo era una vaga sombra de lo que Roberto guardaba arriba. En perfecto y clasificado desorden se apretaban miles de objetos de las culturas indígenas del Vaupés, la amazonia colombiana. Mascaras con sus trajes completos, lanzas, carcajes, flechas, cerbatanas, dardos de todo tipo y tamaño, curare y otros venenos, cabezas reducidas, cestería, anzuelos, arpones,



trampas, redes, jaulas, narigueras, orejeras. No faltaban los anillos, los collares, los pectorales, las sandalias, los colorantes naturales y las pulseiras. Las ollas y toda clase de utensilios para cocinar daban paso a nuevos y complejos trajes, disfraces y máscaras para los rituales de paso de la tribu. Los pequeños espacios vacíos de las paredes se llenaban de fotos, mapas y diagramas cronológicos de toda la zona. Y así, cuarto tras cuarto, tras cuarto, hasta inundar todo el segundo piso. Comprendí entonces, cabalmente, el verdadero significado de Museo Etnográfico que anunciaba el volante.

Abundaba la madera, la paja, las hojas de palma, los frutos secos de la selva. Entendí también la razón de la

mirada de tristeza de Roberto. Toda esa maravilla cultural estaba condenada a desaparecer sin un cuidadoso —y caro— proceso de conservación. Pero además ¿Qué hacía esta grandiosa colección del Amazonas en el corazón del eje cafetero colombiano? Roberto vivió ocho años como antropólogo en el corazón del Departamento del Vaupés, donde el río amazónico Apaporis se transforma en el río Vaupés, hasta llegar a la capital Mitú. Lugar sin vías terrestres a donde sólo se puede llegar por barcas o aviones. Habitado por indios Cubeos, Desanos, Guananos y Tukanos, donde las tribus amazónicas Makuna, Tanimuka, Letuama, Cabiari y Yauna, apenas entendiéndose entre sí



a través del común Tukano, se disputan el uso de las orillas y las tierras de aluvión.

Se trata de uno de los lugares más aislados del Amazonas y alejados de la civilización moderna. Allí vivió el antropólogo durante los años ochenta y noventa y tuvo oportunidad de registrar los ciclos anuales de muchos de los rituales, en especial los ritos de paso de los jóvenes hasta la edad adulta efectuados por los Chamanes jaguares Yuruparý, los *Payes*, jefes de los clanes o *malokas* y encarnación del mítico Yuruparý, dios creador mítico para muchas tribus del Amazonas. Los antropólogos sabemos que se trata de rituales de iniciación masculina particularmente complejos. Y allí, en el segundo piso de la Casa Verde estaban documentados y representados materialmente ocho años de ritos de paso gracias a la paciencia y fervor de un hombre que los observó y vivió todos de manera directa. Esperando ser conservados o perderse en la nada con el paso de los años.

Tuvo suerte de escapar de la toma de Mitú por la guerrilla de las FARC en 1997 y fue una proeza digna de *Aguirre, la ira de Dios*, poder transportar todo ese material recopilado directamente en la selva, desechado y obsequiado por las tribus después de cada iniciación. El viaje de máscaras y trajes hasta instalarlos en la Casa Verde fue largo y tortuoso. Y allí estaban, anunciándose en una hoja de

papel al aire que muy pocos recogían y que yo deje pasar por mis manos al final de la Calle del Tiempo Detenido.

Apagó la luz mientras bajábamos las escaleras conmovidos. No pude decirle nada, el adiós fue en silencio. Pero después, cuando observé mis ojos en un espejo noté instalada en ellos su tristeza. No me ha abandonado.

UNA FINCA EN NEPAL

—Buenos días.

Que forma más tonta de comenzar una historia, con un común "buenos días".

—Pero es lo primero que me viene a la mente, pues me sorprendió que al subirnos a un camión desvencijado, lleno de campesinos rudos y algo molestos rumbo a recoger las cerezas de los cafetales, todos y cada uno de los pasajeros saludaran a los desconocidos que subían y bajaban como si los conocieran de años.

No sabíamos bien donde nos llevaría el camión y por otra parte no era ya fácil romper el silencio de nadie después del ceremonial saludo. Ya saben lo complicados que son los caminos rurales, por lo que teníamos dudas de cuando llegaríamos a Nepal y de que tan interesante sería la visita a un viejo cafetero quien vivía en una quinta con ese extraño nombre a mitad del Quindío. El conductor no nos sacó de muchas dudas, pues Nepal es un paraje demasiado pequeño



en el camino como para que todos lo conozcan, aunque para nosotros era importante llegar allí con luz de día y retornar a Filandia a tiempo, antes que la noche se apoderara de los campos.

Por fin llegamos a Nepal. Basto ver al hombre alto y corpulento que nos esperaba a un lado del camino para saber que se trataba de Don Daniel Betancourt. Pero junto a nosotros y al arrancar el camión bajó apresurada una pareja de turistas suizos. Se trataba de un tal Sebastián Kohts y su mujer y ellos también buscaban a Don Daniel. Una presencia inesperada y extraña de Frankfurt. El hombre feliz al vernos nos llevó su a finca y nos hizo el recorrido obligado sobre la siembra y beneficio del café. Bastaba hablar un minuto con Don Daniel para sentir que uno lo conocía desde siempre.

Su prestigio lo antecedió y se filtraba por todo Filandia y sus alrededores. Los propietarios del hostel Cortina de Lluvia nos hablaron de él con la veneración a un sabio y casi nos exigieron que debíamos verlo antes de partir del pueblo si queríamos saber algo serio sobre el cultivo del café. Tenían razón y Daniel fue exuberante en su explicación, animado además por la presencia de dos mujeres: la mía y la de Sebastián, que le inyectaron ánimo adicional a sus palabras.

Pero toda esta historia sería intrascendente de no ser por lo que sucedió después, en los balcones de su casa,

mirando las montañas. En su larga charla Don Daniel empezó a filtrar un pasado que resultaba más misterioso e interesante que su atractivo cafetal. Reveló sin querer cercanías con presidentes de la República, decisiones en Ministerios y desencuentros amorosos en la política Colombiana. Empecé a comprender que la vocación cafetalera de Don Daniel era más el obligado auto exilio en los verdes valles del eje cafetero de un hombre que conocía demasiado de la política cultural colombiana como para sentirse cómodo en la cercanía de nuevos grupos de poder. Y en particular por los extravíos y excesos de algunas mujeres poderosas. En un país como Colombia la lejanía suele ser una de las formas más sabias de sobrevivencia si uno conoce incomodos secretos ajenos. Y Daniel, en efecto, como bien me dijeron las buenas gentes del hostel, era un hombre sabio, que procuraba abandonar lo menos posible su recóndito paraje de Nepal.

Pero su curiosidad era inacabable. En un punto de la conversación, en aquel momento en que todos hacemos silencio decidiendo que más decir, Daniel recordó que había mencionado que era antropólogo. Después de mirarme y pensarlo un rato dijo:

—Quiero mostrarle algo que encontramos sembrando en los cafetales.

Entró a un cuarto y con trabajo arrastró y empujó un cofre junto a nosotros. Fue sacando una a una,



piezas intactas de lo que a simple vista parecían figuras extrañas y otros objetos. Artefactos de la vieja cultura Quimbaya de la zona, que fueron enterrados al llegar los españoles a los valles. Era un entierro, en efecto. Pero de pronto me di cuenta que por la ubicación no parecía ser una sola tumba. Mire entonces con más cuidado el paisaje alrededor de las amplias terrazas de la finca. Observé de nuevo con lentitud la diversa altura de los cafetales de Don Daniel y cerrando los ojos pude vislumbrar el pueblo que surgía del pasado, quinientos años atrás. Y también las otras tumbas, quizás no tan antiguas. Me volví a sorprender entonces de la sabiduría de Don Daniel al elegir su finca y entendí porque en Filandia me decían:

—No pueden irse sin hablar con él. Es un hombre que sabe muchas cosas.

—Nos miramos a los ojos en silencio y comprendí que lo mejor era irnos pronto. Agradecidos, claro, sapientes en las artes cafeteras y llevando de vuelta con nosotros a los suizos, que no hicieron preguntas. Al subirnos al último camión que pasaba por Nepal nos adelantamos a dar las buenas tardes a los pasajeros. Nos contestaron, pero esta vez nos miraban diferente. Éramos cómplices pues ya compartíamos el paisaje cafetero. Los observe a todos y esperé que llegáramos pronto al pueblo. Al igual que Don Daniel, pensé, lo más sabio es no conocer secretos ajenos. 